



CONSIDERACIONES GENERALES PARA
PENSAR LA RELACIÓN ENTRE
CULTURA DE PAZ
Y PEDAGOGÍA

Rogelio Palacio Monsalve

Para desarrollar la relación que se propone en el presente artículo es importante empezar por hacer una serie de precisiones en torno a los conceptos de *conflicto*, *violencia* y *paz*.

En lo referente al primer concepto son pertinentes dos tipos de aproximación en los que subyacen sendas concepciones filosóficas y antropológicas : en un sentido, hay quienes lo asumen como perturbación, patología social o disfunción; como algo que de manera momentánea se aparta de la tendencia natural y social al orden dado, principio regulador y orientador de todo cuanto existe en el ámbito de la naturaleza y de la acción humana. Allí está presente una visión optimista y voluntariosa del ser humano, que en todo instante propende por la supresión y represión del antagonismo y la reinstauración del bien. Esta lectura atraviesa gran parte del pensamiento clásico de la filosofía occidental, desde Platón hasta pensadores modernos como Locke.

En otro sentido, están los que perciben el conflicto como algo connatural al mundo humano y, por tanto, extensivo consubstancialmente a la propia configuración de la sociedad, a los distintos sistemas políticos y a las mismas relaciones que vinculan a los Estados entre sí. En esta perspectiva se reivindica la confrontación, la disputa, la desarmonía y el desequilibrio como dinámicas constitutivas de la acción humana, esencialmente plural y contingente. Acá se parte de una concepción pesimista y decisionista del hombre que persigue en todo tipo de circunstancias la racionalización y encauzamiento del conflicto a través del acuerdo, con la finalidad de que no se desborde, poniendo en peligro su propia existencia. Esta teoría recorre, al igual que la anterior, pero desde otra orilla, gran parte de la historia del pensamiento de Occi-

dente, arrancando con los Sofistas en la filosofía griega y asumiéndose en la modernidad por autores tan importantes como Tomas Hobbes.

Para efectos de este trabajo se toma partido por la segunda alternativa. El conflicto no solo es inevitable y propio de las relaciones interpersonales, sociales e interinstitucionales, sino también un componente clave de la vida y una necesidad fundamental de las personas y de las sociedades; en esta dirección, el conflicto es vitalidad, es motor del cambio y de la transformación; no solo está inscrito en el marco del devenir histórico sino que además lo mediatiza; sigue una trayectoria en la que va asumiendo connotaciones e implicaciones de acuerdo con cada contexto particular.

¿ Por qué existe el conflicto en la condición humana? ¿Qué le da origen? ¿Qué lo suscita? ¿Por qué está alimentando de modo permanente la dinámica social? En su punto de partida, una de las cuestiones básicas en el ámbito humano, sino la fundamental, continúa en proceso de confrontación y búsqueda : ¿Cómo resolver el problema de la "escasez", siempre presente en la construcción de todo proyecto societario? ¿Cómo atender las necesidades múltiples del hombre cuando los recursos o "satisfactores" procesados y gestionados desde el punto de vista social, económico, político y cultural son tan limitados, tan restringidos?

En la base de toda organización social lo que realmente se está poniendo en juego, en todo momento, es la disputa por la resolución de esta inecuación o no correspondencia entre necesidades y recursos, a todos los niveles y en todos los órdenes.

En la confrontación entran en escena intereses, motivaciones, sensibilidades, significaciones, objetivos, estrategias, valores, intencionalidades, metodologías, planes y programas diferentes que van a ser dirimidos por relaciones de poder y éste materializado, bien por la vía de la fuerza bruta, de la guerra, del triunfo de una de las partes sobre la otra (relaciones de poder asentadas en la eliminación y/o exclusión del otro), o bien por la vía de la negociación, de la transacción, del acuerdo de las partes, del establecimiento de consensos (relaciones de poder fundadas en el reconocimiento del espacio y los intereses del otro como diferentes pero conciliables). Estas dos formas de resolución de los conflictos perviven históricamente, entrecruzándose con variadas intensidades y ritmos, de acuerdo con los contextos particulares en que tiene lugar el procesamiento de los mismos.

En el espacio del conflicto se ponen en juego la innovación y la creatividad, se incrementan la motivación y la cohesión de los grupos humanos, el restablecimiento del equilibrio de poder y la concordia en las relaciones, el desarrollo de habilidades, la puesta en marcha de los cambios acordados y la reasignación de los recursos disponibles; pero, de igual forma, se ponen en evidencia también las hostilidades, las frustraciones, las rupturas, los distanciamientos, los altos costos y las fracturas. El predominio de lo uno o de lo otro va a depender de la forma como se asuma y se participe en su resolución y de los conocimientos y herramientas que utilicemos en función de la maximización de sus efectos constructivos o destructivos.

El conflicto adquiere por tanto una dinámica especial en el espacio de la construc-

ción del ordenamiento social y, tal orden, asumido como contingente, es decir, como lo que en cada caso puede ser de otra manera, como algo que se está recreando y recomponiendo en forma diferente. Esta perspectiva implica un punto de vista contrario a todos aquellos postulados que partían de concepciones omnicomprendivas del orden social como lo dado, como hecho natural y, en tal sentido, con un carácter de convocatoria universal.

Tal y como lo plantea Carl Schmitt, lo anterior no significa que el conflicto sea “una manifestación de la irracionalidad o imperfección del hombre, sino un dato fundamental, ante el cual los individuos se ven impulsados a desarrollar su racionalidad.” (Consenso y Conflicto. Enrique Serrano G. p.36) y lo racional entendido no como el conocimiento y aplicación de un orden universal y necesario que suprima la lucha, sino como el diseño de procedimientos y reglas que permitan su regulación.

Esta óptica sitúa el conflicto como el espacio propio en donde se construye lo político, en tanto allí se definen los procesos de gestación, reproducción y mantenimiento de las identidades de los sujetos sociales y se delimitan las formas, los niveles y los grados de intensificación de la lucha por parte de los antagonistas en la confrontación. El conflicto, de este modo, se materializa a partir de la relación amigo-enemigo, puesta en escena por referencia a las posibilidades de resolución de la brecha entre necesidades y recursos que acompaña en todo momento la condición humana. En otros términos, el conflicto es un asunto esencialmente político en tanto la relación amigo-enemigo deviene asunto público y se hace necesario entrar

a diseñar mecanismos que permitan su canalización, con el fin de garantizar la estabilidad del ordenamiento social vigente o, en el caso contrario, cuando éste se hace inviable, la refundación y reconstrucción de uno nuevo.

La posibilidad de dirimir los conflictos en el umbral de lo político va a depender esencialmente de reconocer al enemigo como enemigo político, es decir, como enemigo “justo”, como alguien diferente, con el cual, a pesar de la distancia respecto de los intereses y las formas de pensar que estén en juego, es posible acordar los términos o reglas de la disputa, de la guerra, “cuando se acepta que el enemigo es simplemente el otro, aquel que ha tomado una decisión con un contenido normativo distinto y no una criatura malvada que viola valores universales, se puede llegar a un compromiso (no a un entendimiento) con él, que permite reglamentar el conflicto” (Ibid. p.38)

Según este presupuesto lo que hay que buscar es la concreción de mecanismos que permitan el encauzamiento, la regulación y transformación del conflicto, de tal manera, que se haga posible la coexistencia de las partes en medio de su dinámica y procesamiento, persiguiendo en todo momento la remoción de las causas que le dieron origen y el establecimiento de compromisos en torno a las tareas y exigencias pactadas.

De acuerdo con el enfoque precedente se puede comprender el alcance “trágico”, por decir lo menos, respecto de la situación de la sociedad colombiana. Entre nosotros, los conflictos no han sido procesados políticamente, desbordan, reiteradamente y a cada paso, el marco en que es

posible su diligenciamiento como parte constitutiva del acontecer social; por el contrario, se ha venido pervirtiendo y degradando su manejo a tales extremos de barbarie que se puede llegar a sostener sin mayores dificultades la tesis hobbesiana según la cual aún nos encontramos en el "estado de naturaleza". No solo hemos tenido una visión "miope" y "obtusa" en relación con la verdadera naturaleza y dimensión de nuestros conflictos fundamentales, pensando, por ejemplo, como muchos así lo dan a entender hoy, que nuestros problemas radican en tener una insurgencia armada trastrocada históricamente con una enorme capacidad de agresión violenta y frente a la cual no cabe más que la confrontación militar, sino que, además, no hemos podido reconocernos más que por el recurso a las vías de fuerza y de hecho, para zanjar nuestras diferencias y resolver los propios conflictos.

¿De qué nos sirve seguir insistiendo en que nuestro problema mayor es la resolución del conflicto armado, aún por las vías señaladas en coro por muchos compatriotas, sino se tiene la visión amplia y crítica de que a la base lo que hemos venido construyendo es un país fracturado, inequitativo, descuadrado y cada vez menos viable, que sólo encuentra en la violencia y la fuerza la única alternativa para hacerse sentir y reivindicar las posibilidades mínimas de sobrevivencia de la mayoría de quienes formalmente constituyen el tejido social? Es necesario invertir los términos del enfoque en que usualmente es presentada la realidad del país, de lo contrario, continuaremos siendo explicados y reconocidos desde las mismas falacias que se han venido reproduciendo y que ya hoy no tienen capacidad de soporte y argumentación.

Afortunadamente cada vez son mayores las coincidencias entre los distintos estudios de la problemática del país en el señalamiento de que la crisis nacional no es un problema de mera coyuntura, sino que por el contrario es el resultado de procesos históricos de vieja y larga data, no resueltos adecuada y oportunamente, que se vienen posponiendo y acumulando, con las consecuencias lógicas y previsibles que el efecto "represamiento" trae consigo y que los dirigentes de turno han pretendido, en cada caso, ignorar; hoy estamos asistiendo al desbordamiento generalizado y "en cascada" de la crisis y los gobernantes afirmando que se trata de momentos difíciles, pero al fin y al cabo, temporales, pasajeros, que con la buena voluntad de todos pueden ser superados.

Nuestro conflicto mayor radica en que el desarrollo económico alcanzado hasta hoy no ha implicado, en la proporción y coherencia que lo debía haber hecho, desarrollo social, ni desarrollo político, ni desarrollo cultural; estructuralmente el desarrollo producido ha sido desarticulado, inequitativo, desequilibrado; el crecimiento económico (2.4% en promedio, entre 1970 y 1994, según documento preparado por la SAI) que se supone debía garantizar un mayor bienestar para todos, en nuestro caso, solo sirvió para que un sector minoritario de la población incrementara la concentración del ingreso, del espacio y de las posibilidades sociales y la mayoría quedara cada vez más distante de las condiciones fundamentales en que es posible asumir dignamente la vida humana (el índice de desarrollo humano, según el mismo documento, solo alcanza para dicho período, un crecimiento de 1.5%). En estas condiciones y con una diferencia de 0.9% entre am-

bas variables, el balance, en términos de desarrollo integral (crecimiento económico, desarrollo socio-humano y factores de entorno humano) necesariamente muestra una tendencia decreciente negativa (para los últimos 12 años es de -1%) que ya va adquiriendo características realmente “explosivas”, en tanto la situación, en vez de revertir o de estabilizarse, por el contrario, se ha ido profundizando y haciendo cada vez más crítica.

En este contexto, los procesos de exclusión y marginalidad se han hecho más extensivos y pronunciados; se ha agudizado la crisis de los patrones de regulación y cohesión social; la fractura del tejido social cada vez es mayor y el proceso de descomposición y destrucción social adquiere un nivel tal de complejización que termina potenciando aún más el recurso a la guerra como forma dominante de resolver los conflictos.

A la crisis social hay que sumarle, necesariamente, la crisis política y la crisis cultural. Las implicaciones derivadas de este estado de cosas se articulan deviniendo una conflictividad que solo puede ser abordada de manera sistémica.

Las instituciones, empezando por el mismo Estado, no evolucionaron al ritmo de los cambios y transformaciones que se fueron dando en el propio devenir histórico, con lo cual se han venido agrietando los márgenes de legitimidad, gobernabilidad y representatividad, el sentido de lo público continúa siendo muy precario, el desprestigio de la clase política nunca estuvo en un nivel tan bajo como hoy en día, la credibilidad y la confianza en el quehacer político se han extraviado, la capacidad de direcciona-

miento de la sociedad se ha venido deteriorando progresivamente.

El Estado terminó convirtiéndose en un simple mecanismo de reproducción política de lo que aún queda de los partidos tradicionales, a través del crecimiento desbordado de la burocracia, prerequisite básico para la perpetuación de clientelas como forma privilegiada de la práctica política y nido de la corrupción rampante y el tráfico de influencias. La confrontación ideológica cedió paso a favor del juego de la politiquería y la relación entre gobernantes y gobernados quedó sometida a la mediación de tal clase política y de unos tímidos movimientos sociales y políticos que apenas empiezan a despuntar en el horizonte de la vida nacional.

La ausencia inveterada y prolongada de un proyecto de nación, cada vez tiene una mayor resonancia en la problematización de nuestros males y falencias y sobre todo en el no apalancamiento de nuestras alternativas de salida; aún no conseguimos construir objetivos nacionales sobre los cuales solidifiquemos nuestro sentido de identidad y de pertenencia; ni la educación, ni un proyecto en ciencia y tecnología, ni la cultura irrumpen en el escenario de la vida del país de manera significativa e impactante para intentar enderezar los surcos o caminos extraviados por los cuales hemos venido transitando.

Para completar el cuadro, las condiciones del entorno, caracterizado por un escalamiento de la violencia a todos los niveles, han terminado por hacer más crítica la posibilidad de salida de la encrucijada. La guerra sigue afincándose como alternativa dominante; enorme cantidad de recur-

Los recursos son invertidos en la misma (algunos estudiosos se han aventurado a hacer cálculos aproximados, señalando que en la última década, el país ha dejado de crecer entre 3 y 4 puntos porcentuales del PIB, por año); grandes capitales son destinados por los distintos actores involucrados en ella para su financiación, los cuales salen del cobro de vacunas a multinacionales, empresas nacionales, transportadores, ganaderos, comerciantes, etc., así como de la participación en el negocio del narcotráfico y en la apropiación indebida de los recursos públicos. De otro lado, el sostenimiento de la guerra por parte del Estado ha llevado a que mucha parte de los recursos, antes asignados a la inversión social, se dedique hoy a reforzar el presupuesto de las fuerzas militares, con tropas especializadas y mejor equipadas para enfrentar a los grupos insurgentes, con resultados, en muchos casos, que no guardan correspondencia con la inversión realizada.

En relación con toda esta problematización de la sociedad colombiana que aquí apenas se ha alcanzado a bosquejar, por vía de ejemplificación, para sustentar la conceptualización emprendida sobre el conflicto, solo caben, en ese mismo sentido temático, dos escenarios: Asumir la posición cerrada que muchos continúan reivindicando, aun en el espacio de la academia, de profundización de la confrontación belicista, buscando que las divergencias y diferencias sean dirimidas por la vía del triunfo de la fuerza, de la guerra, de la violencia, acudiendo a procedimientos de intimidación, avasallamiento o aniquilamiento, mediante los cuales se logre doblegar o eliminar la voluntad del oponente, percibido como enemigo "absoluto", como alguien que hay que extir-

par, desaparecer, en tanto no procede ni siquiera su reconocimiento como contrincente y menos el de sus intereses y puntos de vista.

Si bien, esta opción está siempre presente en el discurrir de los distintos procesos históricos y, si se quiere, con mucha más recurrencia que la alternativa contraria de la negociación, las posibilidades para la resolución del conflicto colombiano por este camino (y ya llevamos más de 40 años intentándolo) no son tan claras ni evidentes, y los resultados, finalmente, según la lógica que impera en este tipo de recursos, en tanto implican la rendición de una de las partes y la imposición de una serie de compromisos, no consiguen resolver, ni transformar dinámicamente el conflicto, solo postergarlo y complejizarlo.

El otro escenario es tomar partido por desatar un proceso amplio de participación y democracia que permita el fortalecimiento, recomposición, articulación y viabilización de una sociedad civil fuerte, con capacidad para gestar, en el espacio y el ejercicio de la razón pública, amplias posibilidades de interlocución, deliberación, confrontación y debate sobre los asuntos, intereses y formas comprensivas de la realidad que tienen los distintos actores sociales y desde allí potenciar el reconocimiento del tejido social, el proceso de autofundación y autorregulación del ordenamiento social, la formación de ciudadanía, la resolución y transformación negociada de los conflictos y la construcción autogestionaria de las alternativas del desarrollo integral.

Este camino, al que poco hemos apostado a lo largo de gran parte de nuestra trayectoria histórica y en el cual están nues-

tros mayores faltantes, tampoco ofrece resultados inmediatos, pero es el único que puede asegurar resultados de continuidad y de largo plazo, en tanto reivindica la retroalimentación y refundación permanente del proyecto de la civilidad, sobre la base del reconocimiento de todos los asociados, que implica no solo la posibilidad de construcción de consensos, sino también la emergencia y viabilización de las diferencias y los disensos.

Sea lo uno o lo otro, lo importante es rescatar las posibilidades nuevas que ofrece esta forma de abordaje conceptual del conflicto: lo inscribe en el marco de una construcción historizable, dinámica, contingente; permite visualizar su carácter esencialmente político a partir de las distintas formas de su emergencia, aproximación y procesamiento; lo depura en relación con las connotaciones ideologizantes que marcaron durante mucho tiempo en la cultura occidental su significación y su alcance; esclarece las relaciones que lo vinculan con otros conceptos, especialmente con el de violencia, con el cual frecuentemente suele confundirse; lo sitúa en el espacio de la cultura, en tanto, como lo afirma Clifford Geertz, no puede asirse, develarse, procesarse por fuera de las "tramas de sentido o estructuras de comprensión a través de las cuales los hombres le dan una forma a su experiencia" (citado por Fabio Ortiz de la Roche en el documento "El análisis cultural aplicado a la ciencia política"), en la medida, en que está atravesado por el conjunto de prácticas, usos, saberes, valores, interacciones, imaginarios y aprendizajes que los individuos socialmente considerados desarrollan en función de garantizar los términos de su propio ordenamiento y cohesión.

En el amplio espacio del conflicto se encuentran posibilidades explicativas y comprensivas de los procesos configurantes que han marcado de modo singular el ethos de un pueblo, se hace pertinente la reflexión sobre la propia "idiosincrasia histórico-cultural, sobre la especificidad del propio desarrollo histórico y sobre la posibilidad de caminos originales por seguir en la propia evolución político-social" (Ibid. p. 193). Cualquiera sea la forma en que un colectivo societario procese los conflictos, ello no es factible por fuera del amplio ámbito de la cultura; es en este sentido que hablamos de cultura de la violencia, cultura de la paz.

La violencia es ante todo un hecho cultural, es una producción histórica y social, es una forma de responder al conflicto, como lo afirma Elsa Blair en su texto "Conflicto armado y militares en Colombia. Culto, símbolos e imaginarios": "La violencia no es la crisis sino su manifestación más evidente" (p. 32)

¿Dónde, cuándo y por qué surge la violencia? Walter Wink en su obra *Powers that be* plantea que este fenómeno está ya presente en la misma construcción mágico-mitológica del mundo; desde el origen primigenio, los dioses están en permanente proceso de confrontación de fuerzas por relación al uso y distribución de los recursos con que cuentan, y tal disputa, inscrita en el ámbito de la lucha entre el bien y el mal, categorías asentadas, a su vez, en las nociones de premio y de castigo. Todo este marco delimita un contexto exponencialmente violento, con el concurso, a modo de refuerzo, de lenguajes y códigos morales socialmente reproducidos, que reclaman una serie de procesamientos de tipo cultural que ca-

nalicen esta confrontación en términos de lo que se merece o lo que no se merece, lo bueno y lo malo, lo correcto y lo incorrecto; diádas atravesadas por el sentido de la autoridad que exige obediencia ciega, que despliega, en muchos casos, una cultura del poder y de la opresión y que obstaculiza los procesos de comunicación no violenta, en tanto distorsiona su dinámica y su dirección y confunde las propias necesidades con las estrategias para satisfacerlas.

La comprensión de la naturaleza humana está mediatizada por organizaciones sociales, fundadas predominantemente en una construcción religiosa y moralista de la vida que circunscribe la acción humana a la confrontación racionalista de su ajuste al bien o al mal y, en ese sentido, determinada por los juicios de valor que permanentemente estamos haciendo de los otros, con el soporte de procesos educativos y lenguajes estáticos, que sobre la base de la reproducción de intereses de poder, justifican los términos y condiciones del desarrollo humano en esa misma dirección.

Desde esta perspectiva se comprende mucho mejor el planteamiento de la autora citada anteriormente, según el cual "Los colombianos no sabemos construirnos, identificarnos, reconocernos, sin referencia a la violencia... lo que está en la base de las diferentes formas de violencia es una mentalidad guerrera incubada en nuestro proceso de constitución, el cual no se ha modificado con otras transformaciones de la sociedad sino que permanece incrustada en el imaginario colectivo de la población... los colombianos fuimos socializados en la violencia, con referentes incubados en la lógica de la guerra, los cuales inhiben

casi cualquier posibilidad de construir nuevas formas de relación con el otro y es, en este terreno, el de las sociabilidades, donde se evidencian sus efectos sobre la sociedad" (Ibid. p.56-75)

¿Cómo transformar este tipo de círculo "vicioso" en círculo "virtuoso"? ¿Cómo trascender este enfoque o perspectiva dominante en la manera de abordar el fenómeno de la violencia, en tanto alternativa de respuesta al conflicto?

Lo que hay en el fondo de toda manifestación de violencia es la emergencia no siempre canalizada de un conjunto o serie de necesidades no satisfechas que, como parte constitutiva de la realidad humana, estimulan la acción con el fin de encontrar respuestas adecuadas a las mismas y delimitan el espacio en que tiene lugar la cultura como procesamiento de sentidos, formas, estrategias y recursos para cumplimiento de objetivos. En esta perspectiva, la cultura está pensada en dirección contraria al contexto anterior. Según esta óptica la cultura está al servicio de la vida, de su expansión y desarrollo.

El presupuesto básico del que se parte reconoce que la violencia es una manera trágica de expresar nuestras necesidades insatisfechas y éste es precisamente un asunto de la cultura, pero igual se puede canalizar al servicio de la reproducción de intereses de poder, sobre la base del mantenimiento y perpetuación de la violencia como única manera o vía de tramitación de los conflictos o encauzar por la vía de la concertación de intereses y esfuerzos al servicio de la optimización de la respuesta social a las necesidades presentes. Ahora bien, lo que se ha construido culturalmente, también se deconstru-

ye por el mismo camino, en función de poner en marcha nuevos procesos de reconstrucción y refundación. Las necesidades humanas son universales, son la fuente de todos nuestros actos y es posible culturalmente diseñar fórmulas que permitan su manifestación y procesamiento de modo diferente al que tradicionalmente ha aflorado. Esta es la clave fundamental que debe operacionalizarse, de modo prioritario, en la sociedad colombiana en el momento actual; frente a una cultura reiterada de guerra y de violencia hay que poner a correr, audaz y estratégicamente, con el concurso de nuevas construcciones pedagógicas una cultura de paz., que permita en cada uno de los asociados incorporar, internalizar una manera diferente de abordar los conflictos, de entender la realidad, de participar con nuevos referentes en la configuración de un nuevo proyecto societario.

La paz no es simplemente ausencia de conflictos, como insistentemente se viene planteando, es más bien, el resultado de una sociedad que es capaz de convenir, por el ejercicio de la deliberación, reglas de juego para dirimir sus divergencias sin eliminar al otro, ni física, ni social, ni políticamente. Es necesario abrir espacios para que las personas expongan sus posiciones sobre la base del respeto a la diferencia, para que se apropien del espacio de lo público y no simplemente sigan resguardadas en el ámbito de lo privado, dejando el camino expedito para que solo unos cuantos continúen monopolizando las instancias de decisión, sin tener en cuenta para nada las aspiraciones y expectativas de la mayoría de los asociados.

El país lo que está reclamando urgentemente es la puesta en escena de una cul-

tura de paz, que esté nucleando el conjunto de las transformaciones que en el campo de lo político, lo económico y lo social son necesarias para gestar la refundación y recomposición del proyecto societario y de las instituciones que están a la base del mismo, en el marco de un contexto histórico de mediano y largo plazo, que no se cierra en límites estrechos y en resultados inmediatos, porque como se afirmaba anteriormente, lo que se ha construido en un largo proceso histórico no se puede transformar en la perspectiva del corto plazo

Esta propuesta de construcción de una cultura de paz se apoya en tres postulados fundamentales:

1. La calidad de conexión o comunicación con los otros debe estar marcada o caracterizada por el respeto mutuo. Este principio se inscribe en el amplio marco del reconocimiento del otro y/o de los otros, asunto que a su vez apunta a la constatación de las dimensiones ética y política del proyecto humano. Sólo sobre la base del reconocimiento de los otros como diferentes, con sus propias necesidades y maneras distintas de procesarlas y llenarlas de sentido, pero, también, con los que es posible construir y desarrollar tareas en común o por lo menos con quienes en viable dirimir “negociadamente”, “consensualmente” las propias diferencias o divergencias, es factible desatar procesos comunicacionales signados por el respeto y al servicio a la vida. La construcción comunicacional cultural dominante hasta hoy, entre nosotros, desafortunadamente lo que ha venido reproduciendo son formas de negación del otro, en tanto están marcadas por el prejuicio, la discriminación, el estereotipo, la exclu-

sión, el juicio de valor sobre su conducta o comportamiento y, en tal sentido, lo que se ha venido alimentando es el irrespeto a los otros, es decir, la relación violenta en la base del tejido social.

2. El éxito o eficacia de la comunicación, según esta óptica, depende de que las necesidades de todos puedan ser satisfechas, tanto las mías como las de los otros. En relación con esta tesis es conveniente advertir que no se trata de ponerse en el lugar del otro para ver cómo puedo yo aportar a la satisfacción de sus necesidades, cuanto de generar en el proceso de la comunicación una relación empática que haga posible el reconocimiento de las necesidades de los sujetos intervinientes, bajo el presupuesto de que ningún ser hace nada que no sea para satisfacer sus propias necesidades, pero también que puede crear un espacio en el que se pueda lograr la satisfacción de las necesidades de todos.

3. El acto por el cual se busca dar salida a las necesidades humanas debe estar refundado en la actitud de dar y de aportar y no solo de recibir. Con este principio lo que se quiere señalar es que cualquiera sea la acción dirigida a canalizar y procesar las múltiples necesidades del ámbito humano, ésta no puede llevarse a cabo por atender a razones de recompensa = premio o de sanción = castigo; instalados en este contexto estaríamos en una reversión al espacio de los procesamientos morales, inducidos por una cultura de la opresión y del poder que potencia la violencia como vía privilegiada para dar cuenta de las necesidades no satisfechas.

En el contexto de esta propuesta el castigo nunca funciona, el castigo es un juego en el

que todos pierden, igual sucede con la recompensa; castigo y recompensa vienen de lo mismo, de estructuras racionales arquetípicas, moralistas que niegan la vida; sólo lo que sale del corazón es lo que sirve para la vida y es precisamente lo que se debe privilegiar; más que desplazarnos en dirección a hacer apropiación analítica, racional de los otros, dando lugar a que aflore la venganza, la culpa, la rabia, lo que se pretende es favorecer la salida de las propias emociones en función de manifestar nuestras necesidades sentidas que son las que finalmente hablan de nuestra calidad de vida.

La comunicación, asumida en el marco de los postulados precedentes, es el punto de partida en la instauración del nuevo proyecto cultural que se propone y el medio o mecanismo más "poderoso" para lograr el cambio, en tanto, permite dinámicamente que las personas dejen aflorar sus necesidades y puedan ellas mismas, en construcción colectiva, encontrar sus propias posibilidades de resolución y satisfacción.

Aparentemente este es un proceso muy complejo y difícil; pero en lo básico es porque nuestras socializaciones han estado inscritas en marcos culturales caracterizados por las dinámicas del poder opresivo y alienante y no al servicio de la vida. Esta propuesta exige como presupuesto esencial el tratar por todos los medios posibles de expresar "correctamente" nuestras necesidades y ello exige un tipo de lenguaje "natural" que no se extravíe en recursos o giros rebuscados que oscurezcan lo que verdaderamente se quiere manifestar, expresar; el problema, en este sentido, es que no se nos ha enseñado a conectarnos con lo que está vivo, con lo que hay en nuestro corazón.



Todo nuestro propio proceso de reconocimiento está atravesado por la recurrente tendencia a asumirnos racionalmente, analíticamente, en términos de la justificación de nuestros propios actos, sobre la base muy utilizada de hallar la explicación a los mismos desde las circunstancias que nos anteponen los otros, la misma realidad o en muchos casos el azar, la casualidad o el destino y, en muy contadas excepciones la expresión canalizada o no de nuestras propias necesidades; gran parte de nuestra comunicación evidencia la tendencia permanente y reiterada a acercarse a los demás desde la visión predeterminada y prejuiciada de lo que supuestamente vemos en el otro, sin permitir el espacio en que éste pueda dar cuenta de sus necesidades y a partir de allí gestar posibilidades de empatía, de conexión.

¿Cómo expresar que estamos vivos?
¿Cómo expresar las necesidades que están a la base de nuestro proyecto vital?
Este es el punto de partida de los procesos culturales que están en juego en la reconfiguración política de la sociedad colombiana: independientemente de si vamos o no a tener cooperación de los otros, de lo que se trata esencialmente es de que las personas puedan disfrutarse más, ser más felices si pueden expresar lo que quieren y sobre esa base fundar su propio reconocimiento y el de sus congéneres.

En segundo lugar se trata de hacer el aprendizaje de observar sin evaluar, es decir, separar ambos procesos, observar sin juzgar, sin criticar, sin emitir juicio de valor de entrada, tal vez sea este el signo de mayor inteligencia en los seres humanos, pero al mismo tiempo el más escaso o mejor, el de menor desarrollo. Se trata

de colocarse en actitud de oír las necesidades del otro y la manera como busca satisfacerlas, cuidándose al máximo de no confundir lo primero con lo segundo, es decir, las necesidades con las estrategias para satisfacerlas y, además, de no hacer ningún tipo de exigencia perentoria porque ello sólo genera resistencia; este es un momento muy delicado e importante de la comunicación, que fácilmente puede quedar bloqueada por sentimientos como la rabia que simplemente dan cuenta de que no estamos conectados con la vida, que sólo nos moviliza para recriminar y castigar o por actitudes impositivas que conllevan sólo dos opciones: obedecer o rebelarse.

Dependiendo de la manera como resolvamos esta fase de la comunicación se hace posible o no la producción de empatía, de conexión, entendida como el espacio o tensión en la que se viabilizan las condiciones de comprensión como proceso que trasciende lo meramente intelectual y se coloca al servicio de escuchar al otro, pero no como acto pasivo sino como posibilidad de que exprese lo que siente su corazón; sin empatía es muy poco probable que nos puedan escuchar, sin esta base es muy difícil, por no decir imposible, que todos respondan de la mejor manera a las necesidades de todos.

Mientras más fuertes y violentas sean las manifestaciones, más demanda de empatía se está reclamando; la gente necesita empatía... quién la pueda escuchar sin juzgar... no tanto explicaciones, discursos o sermones, que es lo que ha estado en la base de nuestros procesos de socialización y de culturización, con resultados muy exigüos... hoy se requieren nuevos aprendizajes culturales que deben ser facilitados y poten-

ciados por las mismas instituciones sociales... el mundo está necesitado de instituciones al servicio de la vida, que nos pongan en contacto con nuestras necesidades, empezando por la escuela. Entre nosotros, por el contrario, la educación, inscrita predominantemente en el contexto cultural del poder y del adoctrinamiento forzoso y opresivo, "mata", cercena este tipo de comunicación "natural" y sólo ha preparado a los sujetos para que de manera metafórica o simbólica se expresen en lenguaje violento, estático, muerto, enjuiciador, del no, "no quiero", "no es posible", "no se puede", del debería, del merecimiento y no en lenguaje de paz, de proceso, de emociones, de expresión de necesidades, en el que aflore y se exprese la vida.

Nuestra educación ha estado atravesada por esquemas reactivos, represivos, de fuerza, reforzada por las ideas del premio y del castigo, que están a la base de todo el proceso evaluativo desplegado hasta hoy y, en tal sentido no solo ha sido factor causal sino escenario exponencial de violencia. Cabe una enorme responsabilidad a la pedagogía, en tanto reflexión sistemática sobre el sentido del hecho o acto educativo, en relación con el desencadenamiento de nuevos procesos de orden cultural que favorezcan la materialización de un proyecto societario fundado en otros referentes y tramas de sentido diferentes a los que hasta hoy nos acompañaron.

Y tiene que ser ese el espacio "natural" en que se produzcan tales transformaciones porque la relación pedagógica es esencialmente una relación humana en la cual se pone en juego la construcción de sentidos, afectos, planes, prácticas, dinámicas, procesos, saberes, etc. en orden a

potenciar las condiciones de la autoconfiguración del proyecto humano. Como certeramente lo expresa el profesor Daniel Prieto Castillo en el documento "Notas sobre la Pedagogía Universitaria": "En el terreno de la educación, construir es construirse. Y uno se construye no solo a través de conocimientos. Lo hace por el arte, por el juego con el propio cuerpo, por las interacciones, por los encuentros con los otros seres" (p.15). El nuevo énfasis de la escuela debe estar puesto en la cristalización de una pedagogía centrada en el proceso de construir humanidad a partir de la capacidad para generar "encuentro"

Además, porque el presupuesto básico en el que se apoya la construcción de la acción pedagógica es precisamente la comunicación; éste es el factor mediatizador por excelencia del proceso pedagógico. Objetivo prioritario, por consiguiente, de la escuela en la actualidad, debe ser la gestación de un ambiente que haga posible el desarrollo amplio del proceso comunicacional de acuerdo con los nuevos referentes culturales y políticos "construir civilización" es construir un ámbito en el cual cada uno pueda expresarse y avanzar en las relaciones, en la comunicación y en el interaprendizaje y hacerlo dentro de lo que posibilita el lenguaje de cada quien, la experiencia de cada quien y el encuentro en la ciencia, en el conocimiento y en el arte" (Ibid. p. 9). El hecho educativo implica un proceso de reconocimiento de los sujetos sociales desde la diferencia y a través del sentido de corresponsabilidad en la delimitación del espacio en que acontece la existencia humana como ámbito social, es decir, como el lugar en el que se hace posible la construcción de términos de convivencia..

Finalmente, ¿cómo pensar el asunto del cambio social en este contexto? Esta propuesta es una “poderosa” estrategia de cambio porque está inserta en la base misma de la construcción cultural de los sujetos y cabe perfectamente o está sincronizada con la teoría o tesis expuesta por algunos autores según la cual “nadie tiene el poder para cambiar a nadie; sólo tenemos capacidad para cambiarnos a nosotros mismos y por “contagio” generar algún tipo de influencia en los demás, especialmente en aquellos que comparten con uno el metro cuadrado, el espacio de la cotidianidad; es decir, el cambio pensado analógicamente desde la figura de la red, que va articulando, tejiendo esfuerzos significativos, más por expansión o ensanchamiento de las propias experiencias vitales que por proyectos de incorporación unilineal de contingentes humanos sumados y entregados a una causa común; en lo segundo lo que hay es reclutamiento,

alinderamiento, adoctrinamiento, es decir, más de lo mismo; en lo primero, una perspectiva que pone el cambio desde y en dirección de la vida, es decir, más de lo que menos hemos tenido o construido.

Aparentemente lo que se cumple en lo micro debe tener vigencia y validez en lo macro; lo que está pensado para los individuos es posible pensarlo para las organizaciones; el cambio de las estructuras sociales está en relación directamente proporcional a la capacidad de generar empatía entre los distintos actores sociales para que las necesidades de todos se expresen y, sobre dicha base, se busquen las estrategias que permitan su adecuada y óptima satisfacción.

En este terreno estamos en el umbral de la sospecha y de las preguntas que aún no tienen respuesta definitiva y que ameritan continuar trabajando.